

# Diario de un exorcismo:

LA HISTORIA DE ELISA LO BUE

RAMÓN ARRIBAS

**J/L**  
Libros y Literatura

Primera edición.

Diario de un exorcismo. La historia de Elisa lo Bue.

© 2023, Ramón Arribas.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Victoria Mera.

© Diseño de portada e interiores: Marta Fernández.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-127282-4-8

Depósito Legal: A 359-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*A mi madre,  
a la que siempre recordaré.*



*«La emoción más antigua y más intensa de la  
humanidad es el miedo,  
y el más antiguo y más intenso de los mie-  
dos es el miedo a lo desconocido».*

H.P.Lovecraft



# PRÓLOGO

Las robustas campanas del convento, que hasta hace un momento se bañaban en la luz del sol, ahora tañen a la sombra llamando a oración. El aire huele a montaña, veo los firmes pinos mecerse con el viento y una suave y cálida brisa entra por la ventana mientras escribo esto. El sol se está poniendo al oeste. Sus últimos rayos de luz atraviesan las copas de los árboles haciendo que estas parezcan afiladas púas negras en contraste con el fondo anaranjado. El paisaje, bañado por la luz del crepúsculo, descubre unos tonos cobrizos y cálidos que chocan con la frescura de la sombra en las oscuras laderas cubiertas de bosque. Un ave surca libre el cielo dirigiéndose hacia la puesta de sol mientras el astro rey se extingue en cuestión de segundos tras el horizonte para dar paso a una nueva noche de verano, estrellada y llena de sueños.

Ha sido un momento precioso y digno de relatarse para la posteridad en cualquier libro, creo.

Mi nombre es Elisa lo Bue. Nací un seis de julio hace diecisiete años en Toudon, un pequeño pueblo francés del sur de los Alpes. Aunque dicen que a mi edad debería sentirme segura de mí misma, en realidad ahora mismo me siento como una niña pequeña al no saber cómo comenzar a escribir este relato, perdida en un mar de recuerdos. Así que comenzaré por el principio

y expondré las razones que me han movido a empezar a escribir todo esto.

Hoy hace dos años exactos que murió el padre Darío J. Lonehart, y esta mañana, después de la misa en su nombre, la madre superiora se ha acercado para hablar conmigo. Paseando, me ha contado que por lo que ha aprendido a lo largo de su extensa vida, sabe que a veces las penas sufridas y las experiencias traumáticas no queremos, o no nos atrevemos, a expresárselas a otras personas. No logramos contarlas nunca y eso nos llena de angustia y dolor. Yo también lo creo.

A esto ha añadido que hay personas que se consuelan mucho escribiendo a papel y pluma sus vivencias, no hace falta que las lea nadie ni enseñarlas. Son solo para sacarlas de la cabeza y poder desahogarse. Además, si dentro de muchos años otros ojos se posaran en este escrito, puede que lo relatado les enseñase y les ayudase.

Me ha parecido muy buena idea, por lo que la madre, al verme tan animada, me ha facilitado pluma, papel y me ha concedido una hora libre cada dos días para poder escribir en mi celda este relato.

Es la primera vez que escribo largo y tendido y, aunque de momento me siento algo insegura y torpe, espero que esto pueda servir para aliviar mi corazón de este sufrimiento, para volcar toda mi desesperación y angustia por lo que pasó, y a la vez aclarar muchas cuestiones que se formularon durante aquel año. No lo recuerdo todo, pero lo que vi y oí se me quedó grabado a fuego en mi memoria y mi testimonio da prueba de su veracidad.

Antes de morir, el padre Lonehart me entregó su diario con la intención de que aprendiese de él y me ayudase a protegerme y luchar contra el mal. He añadido a este relato algunos fragmentos de ese diario, intentando situarlos bien cronológicamente para así poder despejar lagunas en la historia de lo que sucedió.

Esta oración va destinada a la dicha de las almas de mis amigas Anne y Judith, mi madre, del pequeño Samuel y del padre Lonehart.

*San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla  
sé un refugio contra la malicia y las insidias del diablo.  
Te rogamos, suplicantes, que Dios lo domine  
y tú, que presides la milicia celestial,  
arrojes al infierno, con el divino poder,  
a Satanás y a los espíritus malignos  
que vagan por el mundo para la perdición de los hombres.  
Virgen Madre de Dios, María, ruega a Cristo por mí.  
Dignísima Reina del mundo,  
siempre Virgen María,  
intercede por nuestra paz y salvación  
tú que engendraste a Cristo Señor, Salvador de todos.  
María, Madre de gracia,  
Madre de misericordia,  
protégenos del enemigo  
y recíbenos en la hora de la muerte.*



# Capítulo I

Todo comenzó el día de mi cumpleaños, un seis de julio hace ya tres años.

Aquel verano habíamos convencido a nuestras madres de que nos diesen permiso para ir a celebrar mi cumpleaños a la playa. Iríamos a la costa con el primer tren y volveríamos en el último. El viaje fue maravilloso, desayunamos viendo el paisaje desde el tren y me dieron mis regalos de cumpleaños.

Ya en la playa pude estrenar mi sombrero y mis nuevas gafas de sol mientras nos bañábamos, corríamos y no parábamos de reír hablando de tontadas y tomando el sol.

Al rato, pasaron por delante de nosotras un grupo de chicos mayores y se pararon a saludar a Judith. Después, nos invitaron a ir con ellos.

Eran unos compañeros de clase de su hermano, iban un par de cursos por encima de nosotras y había alguno más mayor que ya había dejado la escuela para ir al colegio mayor en la ciudad. Decían que conocían un sitio genial de la playa y que había más gente del pueblo y de la zona. Al principio dudamos, pero nos decidimos por la aventura, impulsadas por mi cumpleaños. Y también porque nos dijeron que era en ese momento o nada, ya que la marea estaba subiendo. Corrimos por el agua

con los bártulos siguiendo a los chicos y riendo sin parar hasta una pequeña cala. Cuando llegamos, nos recibió una pequeña multitud ovacionándonos. Había bastante gente de otros cursos y de la ciudad, algunos bebiendo en corros en la playa y tocando instrumentos, otros jugando en el agua y un grupo retándose a saltar cada vez más alto desde las rocas. Era una playa fantástica, había bastantes árboles y estaba rodeada de rocas y una montaña.

Nos presentaron a muchísima gente y, en cuanto mis amigas mencionaron que era mi cumpleaños, me volví la reina de la fiesta y todo el mundo quería invitarme a cerveza o ser mi compañero en los juegos. Los chicos empezaron a saltar y me llamaban desde lo alto de las rocas dedicándome el salto por mi cumpleaños y animándome a subir. Al final salté un par de veces, no tan alto como ellos, que estaban locos.

La tarde se me pasó en un suspiro y cuando nos dimos cuenta, estábamos agotadas y tiradas junto a una hoguera que acababan de encender. La verdad, fue uno de los mejores días de mi vida, si no el mejor, pero tras lo sucedido aquella noche, mi vida cambió por completo.

Yo estaba algo preocupada por el horario del tren, pero Anne dijo que teníamos tiempo mientras se hacía ojitos con un chico y Judith ya estaba abrazada a otro compartiendo una toalla. Volveríamos después de cenar. Además, uno de los chicos de la fiesta se ofreció a llevarnos a la estación y dijo que había unos cuantos más que tenían sus propios coches. Nos aseguraron que no tendríamos de qué preocuparnos y que nos acercarían a Toudon si hacía falta.

Cenamos todos juntos compartiendo nuestros sándwiches y dividiendo los bocadillos. Había tres fogatas más alrededor nuestro y no paraba de llegar comida diferente de todos lados mientras anochecía: cuscús, ensaladas, crepes... Cenamos y be-

bimos cervezas hasta hartarnos y nos tumbamos empachadas a escuchar a un chico tocando la guitarra. Judith y su amigo ya habían desaparecido.

De pronto, a un lado se encendió una fogata con unas llamas impresionantes iluminando toda la playa y haciendo que la gente aullase animada. Todo el mundo se levantó y nos dirigimos corriendo con la multitud. Cuando llegamos a esa fogata, había unos cuantos tocando timbales y cantando, y otros bailando y riendo alrededor de ella.

La gente bailaba dando vueltas al fuego y cogiéndose de las manos al ritmo de la música, cambiando de dirección sin parar. Me uní y bailamos, nos bañamos de noche y volvimos a bailar alrededor del fuego hasta secarnos. De pronto caí en la cuenta de que hacía bastante tiempo que no veía a mis amigas. Agotada y bastante ebria, me senté junto a un grupo en unos troncos puestos a modo de bancos frente al fuego.

Imaginaba que estarían acurrucadas con unos chicos que habrían conocido o bañándose y me puse a escudriñar rostros en su búsqueda mientras todo me daba vueltas. Vi a Anne mirarme al otro lado del fuego, pero en cuanto me levanté, vomité sobre un chico toda la cerveza. Se hizo un corro mientras me disculpaba y el chico, enfadado, se fue a limpiarse. Eché a correr hacia donde había visto a Anne, pero no la encontraba por ningún lado y empecé a dar vueltas bastante nerviosa. Le pregunté a la gente por ellas, pero muchos no sabían quiénes eran, hasta que una chica me dijo que creía haber visto a una de mis amigas yendo a otra fogata hacía un momento. No estaba muy lejos y necesitaba caminar o volvería a vomitar de nuevo. Me encaminé hacia la fogata que me habían señalado alejándome de la que estaba y sumergiéndome en la oscuridad y en el frío. Empecé a asustarme ante la expectativa de no encontrarlas y aceleré el paso, temerosa

de la gente que se oía en la oscuridad y las siluetas que se veían yendo de una fogata a otra.

En cuanto llegué al calor de fuego y la gente me vio aparecer en la luz, me saludaron. Me apoyé en unas rocas y vomité de nuevo cayendo de rodillas. Un grupo me invitó a sentarme en unas rocas junto a ellos y la gente se ofreció a traerme agua y pañuelos. Yo les intentaba decir mareada que buscaran a mis amigas, pero me decían que lo mejor era esperar junto al fuego y que ellas me encontrarían. Me intenté levantar un par de veces, pero volvía a caer mareada a la arena. Había un gran bullicio de gente alrededor del fuego y, aunque intentaba ver rostros conocidos, apenas podía verles las caras.

Alguien me arropó con una manta y un chico se arrodilló frente a mí y me ofreció beber de un cuenco. Yo pregunté qué era y los que estaban alrededor me dijeron que me vendría bien tal y como iba. El que me lo ofrecía bebió un pequeño sorbo y se llevó una pequeña seta a la boca. Me sonrió, me puso una seta en la boca y me lo ofreció. Al principio rehusé, pero el tacto del cuenco caliente en mis manos lo hizo irresistible. Me temblaba el pulso, pero él me ayudó a sostenerlo mientras daba un largo trago.

El caldo estaba tibio y se sentía espeso en el paladar. Tenía un sabor dulce como la uva, aunque con un toque de acidez y un fondo como a gusto metálico. Era de un color rojo fuerte como el vino y a todos se nos quedaban rastros granates en los labios después de haber bebido. Me sentí algo recuperada al momento y mi cuerpo comenzó a entrar en calor.

Pregunté de nuevo, pero no quisieron decirme qué contenía y, entre risas, solo dijeron que era una mezcla especial, una antigua receta que ahuyentaba el frío de la noche y las vergüenzas del alma...

Pude ver cómo llenaban varios cuencos en un puchero que humeaba en un fuego apartado junto a unas rocas y los volvían a ofrecer a la multitud que bebía y lo compartía. Mientras unos removían las brasas, otro desmigaba unas setas en el caldo y removía el caldero.

Todo el mundo bebía. Mientras bailaban, daban un sorbo y se lo pasaban al de al lado. Bebí un par de tragos más, me quité la manta y bailando me acerqué al fuego, que entonces parecía enorme. Podía sentir el ritmo de la música dentro de mí mientras la cabeza me daba vueltas. Cerré los ojos y bailé tropezando con la gente y sintiendo cómo me abrazaban y me acompañaban en mi danza. Tras abrir los ojos, tan solo veía a la gente de mi alrededor dándose de beber de sus bocas los unos a los otros mientras se besaban apasionadamente.

Yo seguía bailando y tambaleándome entre la gente con los ojos cerrados cuando alguien me abrazó por detrás y me ofreció un cuenco. Volví a beber y noté una mano cálida y unos dedos suaves que me limpiaban el rastro de caldo y me acariciaban la mejilla. Su mano me giró la cabeza y unos labios me besaron. Fue un beso largo y apasionado. Nunca había sentido algo así, tan cálido e intenso. No abrí los ojos, podía notar el sabor al caldo que bebíamos todos y no quería que ese momento acabase jamás.

Recuerdo que aún podía sentir su aliento en mis labios cuando abrí los ojos. No había nadie frente a mí. De pronto, su abrazo se convirtió en una corriente de aire que hizo que todo mi cuerpo se estremeciese de frío. Me giré asustada mirando en todas direcciones intentando ver quién me abrazaba, quién me había besado. Pero estaba sola y todos bailaban y se frotaban besándose sin prestarme atención. Chillé y retrocedí tropezando con un grupo que bailaba y se abrazaba desnudo tras de mí. Pasé junto a ellos, pero sin poder dejar de mirar cuando otros brazos desnudos me

intentaron rodear y hui tropezando y cayendo sobre unas parejas que había en el suelo.

Caí encima de unas chicas y no parecieron notarlo en absoluto. Me disculpé asustada y retrocedí torpemente arrastrándome por la arena y alejándome de la fogata. Ni siquiera me miraron.

Todo me daba vueltas y las piernas me temblaban de tal manera que no podía ni incorporarme. A mi alrededor, más parejas yacían desnudas contoneándose entre gemidos sin prestarme la más mínima atención. Volví a chillar histérica y, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, eché a correr.

No sabía a dónde ir, no sabía ni dónde estaba, solo se veía el mar, la silueta de las montañas y la fogata con todos tumbados alrededor. No sabía qué hacer, pero me dirigí hacia la oscuridad, intentando no oír las voces y gemidos que provenían de la corrupción tras de mí. Corrí intentando encontrar el camino de vuelta, pero era una noche cerrada de luna nueva y no había luz ni sombra alguna en la playa. Además, había subido la marea, por lo que el lugar por donde nosotras habíamos venido había cambiado drásticamente, pasando de ser un paseo por la playa a haber unas furiosas olas chocando con las rocas. Seguí corriendo y corriendo aterrorizada sin ninguna dirección y sin poder ver nada a mi alrededor hasta que, sin darme cuenta, alcancé la orilla de la playa y con mi carrera me lancé de bruces al agua.

El agua estaba fría, muy fría, y aquello me despertó al instante, como si un rayo me atravesase el cuerpo entero. Salí velozmente del agua y me quedé tiritando en la orilla, mirando las estrellas y la negrura del horizonte mientras las olas lamían mis pies. Notaba que el corazón me palpitaba dentro del pecho, y mientras recuperaba el aliento, miré a mí alrededor.

Estaba completamente sola en la playa, en silencio, sin que nadie supiera en ese mismo instante dónde me encontraba. Ni

yo misma lo sabía. Aquel momento me produjo una sensación de calma infinita, intimidad e independencia. Estaba lo suficientemente lejos de la fogata como para que no me viesen y nada ni nadie en la tierra me podía ver. Me dio una sensación de serenidad y libertad enorme, haciendo que me sintiese muy bien, pero de repente, con solo una brisa en mi piel, me invadió una sensación de vacío e inseguridad tremenda. Estaba sola, sola en la oscuridad... Sin embargo, a veces se nos olvida que la oscuridad no está vacía.

Soplaba el viento y, mojada de pies a cabeza como iba, mis dientes castañeteaban mientras tiritaba de frío y mi mente trataba de recordar por qué estaba ahí. Podía acercarme a la hoguera, pero una parte de mí decía que no debía presenciar lo que estaban haciendo allí, que era algo malo y pecaminoso. No sabía a dónde ir y, además de estar temblando de frío, sentía mucha curiosidad por un tema como ese de los besos y las caricias con un chico. Algo de lo que en mi casa jamás se hablaba.

Poco a poco, tiritando y con los brazos recogidos, me fui acercando a la hoguera, agachada, sin hacer el menor de los ruidos, y me aposté junto a unas rocas. Los podía observar con todo detalle, pero yo aún permanecía en la oscuridad lejos del fuego. Estaban todos desnudos, amontonados en grupos, besándose todos con todos, cuerpos desnudos meciéndose unos sobre otros con el brillo de las llamas reflejándose en sus pieles sudadas. Ya no podía distinguir una persona de otra, solo cuerpos amontonados, así que me concentré en el grupo que había más cerca de mí. Eran dos chicos y una chica. Ella estaba desnuda tumbada en la arena mientras uno le hacía el amor y el otro acariciaba y besaba a los dos como si compartieran un néctar con los labios y las yemas de los dedos.

Aunque estaba sola, ahí en la oscuridad tras esas rocas en esa inmensa playa, algo me hacía mirar hacia todos los lados, una sensación embriagadora de vergüenza que enseguida asocié a mi timidez. La verdad es que me estaba excitando bastante. En las escasas situaciones en las que había sentido algo semejante siempre me había tenido que comportar como una señorita, pero ahora estaba sola, nadie me vigilaba, nadie me prohibía ni me decía lo que era mejor para mi alma.

Aunque sentía frío en los brazos y piernas, no sé si fue efecto de la cerveza, del extraño caldo que bebimos o el qué, un calor empezó a emanar en mi interior mientras yo permanecía totalmente abstraída mirando al chico que los acariciaba y los besaba repetidamente, animándolos a hacer lo mismo. Era precioso, tenía un aspecto felino y unos rasgos que parecían de mujer. Era realmente hermoso.

Sin darme cuenta, como un acto natural, me había llevado una mano a los senos mientras me mordía uno de los dedos de la otra mano. Me estaba calentando rápidamente. En ese instante ya no me percataba de la brisa, de la poca ropa o de la fría arena en mis pies, solo sentía mis labios arder, mis dedos suaves y mis pechos erizados. Una embriagadora sensación me recorría las piernas y las hacía temblar cuando, al cerrar los ojos, imaginaba que yo era esa chica que estaba tumbada en la arena y que era a mí a quien hacían el amor. Me sorprendí mucho al llevarme la mano a las bragas y descubrirlas mojadas y calientes. Estaba muy excitada y, aunque era una situación muy vergonzosa, sabía que nadie me veía ni sabía dónde estaba, salvo la oscuridad que me rodeaba... La oscuridad.

Me desnudé apresuradamente tras las rocas y empecé a fijarme en cómo se tocaban los unos a los otros, cómo les tocaba el chico de rasgos curiosos, y me puse a hacer yo lo mismo. Al princi-

pio era un poco antinatural, pero según iba cerrando los ojos e imaginando más cosas, mis manos iban encontrando ellas solas los puntos calientes de mi cuerpo. Me estaba masturbando en la más completa oscuridad sin poder quitar la mirada del chico que iba de grupo en grupo excitando a todos y haciendo el amor allá por donde pasaba. Se movía con movimientos ágiles, como un animal. Era bajito y de piernas peludas; su pelo rojo estaba muy encrespado, sus ojos parecían los más negros que yo había visto nunca y tenía un tatuaje que le cubría toda la espalda mostrando un círculo con unos dibujos dentro.

Yo estaba llorando, mi ser se estremecía de placer y mi cuerpo sudaba de excitación, pero mi cabeza no paraba de pensar que eso estaba mal, que era pecado, que era obra del diablo. Me gustaba, estaba disfrutando por primera vez en mi vida y, a pesar de mis lágrimas, continué.

Imaginaba que el hombrecillo venía y me sorprendía por encima de las rocas en mi desnudez, y aunque era imposible que me descubriera desde la fogata, pensaba en cómo sería el ruido que haría al escalar el promontorio de rocas para observarme. Justo en el instante en que lo pensaba, le busqué con la mirada y él estaba mirando en mi dirección. Estaba justo tras el fuego, dándole placer a dos chicas mientras mantenía la vista clavada en las rocas.

Se le veía más pequeño, más encorvado, sus piernas eran muy oscuras, pero al contraste con el fuego, su piel y su pelo parecían cobrar vida. Sus ojos eran como dos agujeros negros en un mar de llamas mirando fijamente hacia donde yo me encontraba. Mientras hacía gritar a las otras chicas de placer, me miraba a mí.

Cerré los ojos y me imaginé a mí misma tumbada junto al fuego, con todos los chicos acariciándome y él encima de mí, mirándome y besándome. Me imaginé dejándome hacer todo lo que les hacían a las chicas de la fogata.

Me daba la vuelta y notaba su lengua recorriendo toda mi espalda hasta el cuello, sentía su cuerpo ardiendo sobre el mío y sus manos rodeando mi ser. Sentí su sexo dentro de mí y yo me entregué a él completamente. Quería ser suya y quería que él fuera mío para siempre. Le pedí todos los placeres prohibidos que pudiese ofrecerme.

Podía oír los gemidos de la chica chillando de placer mientras yo me masturbaba escondida en la oscuridad tras las rocas. Aun con los ojos cerrados podía notar su mirada fija en mí, como invitándome a salir. Entonces sentí el calor de su cuerpo junto al mío, haciendo que me estremeciera de temor y abriera los ojos.

Lo vi en el fuego, estaba montando salvajemente a una chica que gritaba enérgicamente y él la manoseaba y la oprimía contra su cuerpo mientras miraba con lascivia hacia donde yo me encontraba. Lo que antes era erótico y dulce, ahora se había convertido en algo obscuro y grotesco. Cerré los ojos e intenté imaginármelo como antes, algo dulce, suave y romántico, pero en vez de eso, en mi mente me vi montada como esa chica, el sexo de aquel ser embistiéndome, sus manos oprimiéndome con fuerza. Me intenté soltar, pero no pude. Intenté abrir los ojos y despertar, pero no me atrevía, pues notaba su cuerpo ardiendo junto al mío, su olor... Su olor era como el de las aguas termales de las montañas. Él jadeaba y gruñía, aunque yo me resistía. Ya no quería seguir haciéndolo, pero él me apretaba contra su cuerpo, me pisaba las piernas y me hacía daño. Yo quería soltarme de su abrazo, quería abrir los ojos, despertar. En el último momento me retorcí desesperada, miré detrás de mí y aquello fue el fin para mi frágil mente.

El ser que se encorvaba sobre mí, en vez de piernas normales tenía unas patas retorcidas y cubiertas de pelo rizado negro que acababan en unas toscas pezuñas negras y sus manos eran

unas oscuras y afiladas garras que me arañaban por el cuello y los pechos. Su piel se había vuelto hosca y roja como la sangre, y su pelo, orejas y nariz habían desaparecido. Me miraba con unos ojos negros enormes como dos pozos de brea. Aquello fue lo último que recuerdo, y lo que pasó a continuación creo que nunca lo recordaré.

Mis amigas me encontraron a la mañana siguiente en la entrada de una cueva, desnuda, semiinconsciente y totalmente cubierta de sangre. Los chicos se habían marchado al amanecer y ellas estuvieron buscándome unas dos horas hasta dar conmigo. Me ayudaron a limpiarme bañándome en el mar y cogimos el primer tren hacia nuestro pueblo. Casi no recuerdo cómo llegué a casa, pero sí recuerdo a mi madre chillando a Anne y a Judith y el portazo al echarlas de casa.

Mi madre me dijo que les había hecho jurar que aquello jamás debía saberlo nadie más, sería un secreto entre mis amigas, mi madre y yo.

Le intenté contar a mi madre lo que recordaba de esa noche, pero temblaba y tartamudeaba tanto que apenas podía hablar. Mi madre me preparó un baño templado, me metió en la bañera y se sentó en el suelo junto a mí a abrazarme. Me limpiaba suavemente con un paño mientras yo temblaba y me estremecía de dolor.

Tenía las piernas amoratadas, arañazos por los pechos, y en el cuello y en ambos brazos se veían claramente marcas de mordiscos. Lo peor era la espalda. No alcanzaba a girarme para vérmelo por el dolor, pero sentía cómo me ardía desde la base del cráneo hasta la rabadilla. Mi madre había sido enfermera durante muchos años en la ciudad y, pese a toda su experiencia y cuidado, no podía evitar que me arquease y soltase algún que otro grito de dolor.

Yo lloraba en la bañera abrazada a mis rodillas mientras mi madre me iba despegando la ropa de las heridas y me limpiaba la sangre con toda la delicadeza que podía. Cuando me vio la espalda, se le cayó el paño al agua, comenzó a llorar y se llevó las manos temblorosas a la cara.

—Dios santo... Pero ¿qué te ha ocurrido, hija mía?